

PRÓLOGO

Hotel Stockton
Washington, D. C.

Hace tres años

Max

Mi móvil anuncia un mensaje con el silbido suave de un pajarillo que no me prepara en absoluto para el desastre que aparece en la pantalla:

Andrew: Todo lo que dijiste anoche tenía sentido. Gracias a ti, ahora veo la verdad. No puedo casarme con Lina. Díselo por mí, por favor. Y no te preocupes, lo superará. Voy a desaparecer durante unos días para aclararme las ideas. Diles a mamá y a papá que los llamaré pronto.

Soy demasiado joven y tengo demasiada resaca como para lidiar con esto.

Pongo en marcha las escasas neuronas que sobrevivieron al *tour* de bares de anoche e intento procesar la información. Primero: mi hermano mayor, Andrew, un hombre complaciente por excelencia, el que se ajusta siempre a los planes, debe casarse hoy por la mañana. Segundo: no está en nuestra habitación de hotel, lo que implica que

se fue después de que yo perdiese el conocimiento. Tercero: nunca bromea; el palo que tiene metido en el culo no le permite divertirse. Por mucho que mueva las piezas en mi cabeza, se niegan a encajar.

¿Es posible que el sentido del humor dormido (y pésimo) de Andrew haya despertado de pronto? Espero que sea eso.

Después de pelearme con las sábanas para desenroscarlas de mi cuerpo, me siento en la cama para escribir una respuesta rápida:

Max: No tiene gracia. Llámame ahora mismo.

Como no responde, lo llamo. Salta el buzón de voz, acepto el hecho de que no quiere hablar con nadie y le deseo un buen viaje directo al infierno.

¿No te preocupes, lo superará? Mi hermano está loco si cree que Lina no se va a volver loca cuando sepa que él no tiene pensado aparecer. Puedo imaginarme a la novia al borde de un ataque de nervios, así que me concentro en las dos oraciones del mensaje que me resultan más inquietantes: *Todo lo que dijiste anoche tenía sentido. Gracias a ti, ahora veo la verdad.* El problema es que no recuerdo casi nada de lo que pasó la noche anterior (una botella entera de tequila suele afectar a la memoria a corto plazo), y mucho menos las estupideces que le pude haber dicho a mi hermano durante sus últimas horas de soltero. Pero si tuviese que adivinar, es probable que afirmase que estar soltero era mejor que casarse y puede que actuase como si yo le hubiera ganado la partida en el juego de la vida.

Tengo veinticinco años y él es mi hermano mayor, intentar ganar siempre es lo que hacemos los hermanos pequeños.

Dios, no puede ser. Me desplomo de nuevo sobre el colchón para pensar qué puedo hacer. Alguien debe avisar a la novia. Mi madre

no es una opción, no tiene ningún tacto. Durante la celebración del vigésimo aniversario de casados con mi padre se le ocurrió decirle a la abuela Nola (y a una habitación llena de gente) que su única preocupación antes de casarse con él había sido que era un niño de mamá porque la abuela Nola le había dado el pecho durante demasiado tiempo. Palabras textuales.

Por otro lado, si se lo dijese a mi padre estoy seguro de que se pondría en modo detective y trataría de descubrir por qué mi hermano ha decidido abandonar a su prometida. Su mano dura solo empeoraría la situación. Lo sé porque es uno de los motivos por los que mis padres se divorciaron hace un año. Y, teniendo en cuenta que soy un bocazas y que, en parte, soy también el responsable de desencadenar esta serie de catastróficas desdichas, no sé si es buena idea que lo sepa alguien más que yo. No sé qué hacer.

Mientras me masajeo las sienes, salgo de la cama y voy hasta el baño a rastras. Unos minutos después, cuando estoy cepillándome los dientes mientras trato de ignorar mi reflejo desaliñado y de ojos rojos en el espejo, el móvil vuelve a sonar. Puede ser Andrew. Escupo la pasta de dientes y vuelvo corriendo a la habitación. Cojo el móvil de la mesita de noche, pero me decepciono al leer un mensaje de mi padre:

Papá: Venid de una vez. Tu hermano va a llegar tarde a su propia boda si no aparece en cinco minutos.

Todo mi interior se congela: los átomos, la sangre, el sistema completo. Incluso podría estar clínicamente muerto. Encima me he quedado dormido y ahora es imposible distraer a los invitados antes de que lleguen y así evitar que se añada otra capa de mierda al pastel, menudo día.

La escandalosa alarma del reloj del hotel me despierta del todo perforándome el cráneo. La apago de un manotazo y miro de reojo el icono diminuto para posponerla, que se burla de mí en la esquina de la pantalla. ¿Sabéis qué? No voy a volver a beber en la vida. No, esperad, esa es la promesa más falsa que he hecho jamás. Beberé solo en ocasiones especiales. Sí, eso me resultará más fácil. ¿Tener que decirle a la novia que el novio no piensa aparecer en la boda cuenta como una de esas ocasiones? Probablemente no. ¿Quiero que cuente? Pues claro que sí.

Lina

Pena: eso es lo que veo en los ojos color miel de Max, en su postura abatida y en la forma en la que se esfuerza por no hacer un mohín.

—¿Qué pasa? —le pregunto en cuanto entra en mi cuarto de novia. Mi tono es tranquilo y estable. La verdad es que controlo mis descargas emocionales diarias igual que otras personas cuentan la ingesta de calorías. Ya he compartido unos minutos de ojos llorosos con mi madre, así que ya he cubierto el cupo en eso de mostrar mis sentimientos hoy.

Tras caminar al centro de la habitación, Max se gira lentamente, con una mano distraída en el cuello de la camisa. Esa es la mayor señal de que algo va mal: no lleva puesto el traje gris que Andrew escogió para sus padrinos.

Lo intento con otra pregunta:

—¿Andrew se encuentra bien?

Si Max está aquí, no puede haber pasado algo tan malo. No lo conozco muy bien (vive en Nueva York y no ha venido a las celebraciones previas a la boda), pero es el único hermano de Andrew y si hubiera pasado algo terrible, estaría con él, ¿no? Aunque si tengo

en cuenta que fue la tercera opción para ser el padrino de bodas (después de que las dos primeras personas rechazaran el puesto con amabilidad), tal vez no debería estar tan tranquila.

Max frunce el ceño, una arruga se forma en su frente y me recuerda al oleaje del mar.

—Sí, sí. Andrew está bien. No es nada de eso.

—Vale, bien. —Me llevo una mano al estómago y suelto una exhalación temblorosa—. Entonces, ¿qué está pasando?

Él traga saliva. Con fuerza.

—No va a venir a la boda. Dice que no puede hacerlo.

Durante varios minutos, me limito a parpadear y a procesar la información. Parpadeo, parpadeo, parpadeo y proceso. Dios mío. Tantos preparativos, la gente, los familiares que han viajado desde cerca y desde lejos para estar aquí hoy. Puedo anticipar el caos y la vergüenza. A mi madre y a mis tías les va a dar algo antes de que termine el día, organizarán un grupo de busca y captura para encontrar a Andrew y molerlo a palos. Y si considero el espíritu emprendedor que tienen, no me sorprendería que vendieran entradas para el espectáculo y lo titularan *El Cascanueces*.

Max se aclara la garganta e interrumpe mi corriente de pensamientos. Vuelvo a la realidad.

Hoy no me caso.

Se me cierra la garganta y siento una presión en el pecho. *No, no, no, no. Contrólate, Lina. Eres experta en esto.* Lucho contra las lágrimas hasta que estoy segura de que han vuelto a sus conductos.

—¿Qué puedo hacer? —Max se acerca—. ¿Necesitas un abrazo? ¿Un hombro en el que llorar?

—No sé qué necesito —respondo con voz ronca, incapaz de mostrar la imagen serena que quiero transmitir.

Él me mira a los ojos con los brazos abiertos, y voy hacia ellos, desesperada por conectar con alguien que pueda hacer que me sienta menos... a la deriva. Me abraza con delicadeza y, de algún modo, sé que se está conteniendo, como si quisiera mantenerme a flote en lugar de hundirme. Entre la niebla, noto que su cabello está húmedo, probablemente porque acaba de ducharse, y me sorprende no percibir ningún aroma en su piel. Por un instante, me pregunto si se le pegará mi perfume cuando se vaya, luego me pregunto, por un instante igual de breve, si mi cerebro ha hecho cortocircuito.

—¿Estás bien? —me pregunta Max.

Me quedo inmóvil mientras considero la pregunta, quizás eso me ayude a evaluar los daños. Tengo derecho a sentirme herida, furiosa y lista para revelarme contra la injusticia de lo que Andrew tiene pensado hacerme, pero no siento nada de eso, todavía. La verdad es que estoy adormecida y bastante confundida. Se suponía que Andrew era «el indicado». Durante dos años, hemos tenido conversaciones interesantes, buen sexo y estabilidad. Y, lo más importante, él nunca me ha presionado, ni una sola vez, y no me puedo imaginar a un mejor compañero de vida que a alguien que no despierta mis peores impulsos. Hasta esta mañana, Andrew y yo parecíamos estar en la misma página respecto a los beneficios mutuos de esta unión. Sin embargo, por lo visto, él ha cambiado completamente de libro esta mañana; y yo no tengo ni idea del porqué.

—No sé qué le pasa. —Max llena el silencio balbuceando por los dos—. Estaba bien hasta que hablamos anoche. Nos fuimos de copas y, en algún momento, le dije algunas tonterías y todo se salió de madre. Lo siento muchísimo.

La angustia en su voz capta mi atención y me da algo en lo que ocupar la mente. Está disculpándose por algo en lugar de



consolarme; eso no tiene sentido. Me zafo de sus brazos para preguntar:

—¿Cómo que le dijiste algunas tonterías?

—Si te soy sincero, no me acuerdo de nada. Estaba muy borracho.
—Inclina la cabeza y mira fijamente al suelo.

Me aparto para que el sol que entra por la ventana no me ciegue y poder ver mejor esta situación de mierda. Ah, el cielo despejado también es un horror; desperdiciar el clima perfecto para una boda debería ser un crimen que se castigue con varios días de cárcel.

—¿Cómo te lo ha dicho? ¿Has hablado con él cara a cara?

—Me ha enviado un mensaje —responde en voz baja, sin desviar la vista del suelo.

—Déjame verlo —exijo.

Levanta la cabeza de forma abrupta ante la orden. No hacemos más que mirarnos el uno al otro durante unos segundos. Él coge aire; yo... no. Su mirada baja a mis labios, que se separan por voluntad propia, hasta que me doy cuenta de lo que hago y cierro la boca. Mi temperatura corporal aumenta y me siento tentada a rasgar el encaje que me cubre los brazos y el pecho. Me pica todo, como si un millón de hormigas en llamas caminasen por mi piel al ritmo de «Formation» de Beyoncé. Pero hago a un lado la incomodidad dentro de mi mente y extiendo la mano.

—Necesito ver lo que te ha dicho. —Como él no cede, añado—: por favor.

Max suelta un largo suspiro, mete la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros para sacar el móvil y me enseña el mensaje.

—Ten.

Con los labios apretados por la concentración, leo el amasijo de frases que confirman que yo, Lina Santos, de veinticinco años, una

prometedora organizadora de bodas para profesionales de Washington, soy una novia abandonada en el altar. *Vale. De acuerdo. Sí.* No podría estar más despechada aunque lo intentara.

Sigo analizando el mensaje de Andrew, leyendo con los ojos entornados la oración que más me irrita: *Gracias a ti, ahora veo la verdad.*

¿Ah, sí? ¿Y qué verdad has ayudado a ver a mi prometido, Max? ¿Eh? Dios, me imagino a estos dos hablando mal de mí en uno de esos asquerosos bares y me dan ganas de gritar.

—Así que, en resumen: Andrew y tú os emborrachasteis ayer por la noche, hablasteis de algo de lo que no te acuerdas y, basándose en esa conversación, él ha decidido no casarse conmigo. Y ni siquiera ha tenido la decencia de decírmelo él mismo.

Max tarda en asentir, pero acaba haciéndolo.

—Eso parece, sí.

—Es un cabrón —digo rotundamente.

—No voy a negarlo —responde, y una sonrisa tímida se dibuja en la comisura de sus labios.

—Y tú eres un imbécil.

Su expresión se vuelve amarga, pero me niego a darle importancia a sus sentimientos. Me enderezo, cojo mi móvil del tocador y les envío un mensaje de auxilio a mi madre, mis tías y primas:

Lina: Eu preciso de vocês agora.

Escribir que las necesito ahora llamará su atención, hacerlo en portugués hará que estén aquí en cuestión de segundos. Mientras tanto, miro con rabia al peor padrino que jamás hubiera podido pedir.

—Max, ¿me harías un favor? Lárgate ahora mismo de aquí.